

## Montilla y la cultura

XAVIER BRU DE SALA

Por ser el president más alejado del mundo cultural catalán, Montilla sería, si le plantearan las necesidades objetivas, el más complaciente

De los cuatro últimos presidentes de la Generalitat, los de la democracia recuperada, José Montilla es el menos familiarizado con la cultura, su estructura, sus nombres. No hay de qué extrañarse, pues proviene de un mundo del que los intelectuales y artistas estaban ausentes. Al teatro sí debió acudir alguna vez, como alcalde o presidente de la Diputación, si bien es probable que antes no hubiera leído un libro en catalán, visitado exposiciones de nuestros artistas o visto películas de los cineastas. Es consciente de ello y, en la medida en que se lo permiten sus responsabilidades, intenta cubrir lagunas. Más que otros políticos, que no hacen el menor esfuerzo, y para los cuales la gente de la cultura sólo cuenta en la medida que tiene vara más o menos alta en los medios de comunicación.

Pese al obligado reciclaje, su idea del lugar que ocupa la cultura en el conjunto de la sociedad es la propia de un político digamos puro: poco relevante, no muy importante, pero en su caso poco peligrosa. Comparemos. Para Josep Tarradellas, la cultura era su rival. Cuando el president volvió del exilio, los intelectuales eran referentes de primer orden, los creadores y agentes culturales habían llevado el peso de la resistencia ciudadana y catalanista. Pero como él, en vez de importarle, desconfiaba o sentía celos, puso la cultura a la cola de Ensenyament (sin que por otra parte nadie se quejara, pues la cultura creía bastarse y sobrarse,

miraba a la política por encima del hombro y a los políticos como una especie de hijos espúreos). Dio la Medalla d'Or a Pla, por agradecimiento personal y para fastidiar a Òmnium, y ahí se acabó su contribución.

Digno sucesor de Tarradellas, y no sólo en este plano, Jordi Pujol se propuso quitar su estatus a la cultura y devolverla al arroyo marginal. Se lo propuso, pidió en voz alta que dejaran paso a los políticos y actuó en consecuencia. Pero, eso sí, sin dejar de invocarla, la cultura, para destacar el hecho nacional propio, y endilgarle el muerto de mantenedora de la identidad. Con protestas tardías e insuficientes de la interfecta, que no le obligaron a dar marcha atrás en sus propósitos digamos normalizadores.

Sabedor del desencuentro, desencanto y mal trato de Pujol, Pasqual Maragall prometió, en plan condescendiente, doblar el presupuesto y, en plan hermano mayor, crear el Consell de Cultura. Un poco más y consigue ambas cosas.

Lo bueno del actual president es su cualidad de tabla rasa. No tiene prejuicios, ni celos, ni instinto protector. Ve a la cultura como a cualquier otro sector de la sociedad. No forma parte de sus intereses ni de sus preocupaciones pero sí de sus ocupaciones. La ventaja es que no cree en un aura especial o una supuesta función sagrada de sacerdocio laico de tribu. Lástima que desde la cultura no haya reflexión y mensaje sobre su propia función y lugar.



El president Montilla en una fiesta literaria de la Nit de Santa Llúcia

JORDI RIBOT

**Memorias** La muerte del historiador ha truncado su relato biográfico, pero nos ha legado sus vivencias hasta la entrada de los nacionales a Barcelona

# Josep Benet, de la esperanza a la derrota



**Josep Benet**  
**Memòries I.**  
**De l'esperança a la desfeta 1920-1939**

EDICIONS 62  
502 PÁGINAS  
25 EUROS

**MIQUEL SIGUAN**

Idealista, apasionado, tozudo, historiador doblado de político o quizás mejor político doblado de historiador y dotado de una memoria prodigiosa, todos contábamos con que sus memorias serían un documento importante para entender el siglo XX catalán. Desgraciadamente la enfermedad y la muerte no le han permitido terminarlas y la lectura de su primera parte, que abarca los diecinueve años transcurridos desde su nacimiento hasta la entrada de las fuerzas nacionales en Barcelona, nos hace lamentar lo que nos perdemos.

Nacido en Cervera en una fami-

lia marcada pronto por la ausencia del padre y las dificultades económicas, ingresa a los siete años en la Escolania de Montserrat. Los escolanes de Montserrat son efectivamente escolares porque allí reciben una educación general y musical muy cuidada al mismo tiempo que participan en la liturgia del Santuario. Y el santuario no sólo es el Santuario de Catalunya sino que respira catalanidad. A los 14 años deja el monasterio dispuesto a cursar el bachillerato y como la situación de la familia no permite estos lujos consigue estudiarlo gratuitamente convertido en fámulo de una residencia de los jesuitas.